

CARA Y CRUZ

Por **IGNACIO AGUSTI**

veinte años después

LOS veinte años transcurridos desde la explosión de Hiroshima y desde la conferencia de Postdam, han tenido en la prensa mundial una conmemoración dispar, que indica la intranquilidad con que, desde esta perspectiva, asiste hoy el mundo a aquel acontecimiento. En los comentarios que se refieren a la explosión de la bomba atómica, se encubre un colectivo remordimiento por aquel hecho insólito y trágico. El sentimiento de culpabilidad asoma en las encuestas, resbala en los comentarios. El balance que ahora se realiza, a veinte años de aquel suceso, no es favorable para los que tomaron sobre sí la decisión de arrojar la bomba. Y se preguntan los historiadores, y los reporteros y los comentaristas, quién fue el promotor y responsable directo de esta determinación.

Hasta ahora los índices incriminadores señalaban a Harry S. Truman como principal responsable de la débacle. De él partió en definitiva la orden directa del lanzamiento. Pero otros han empezado a conjeturar que tal vez no fuera él el inventor directo de la agresión, aunque diera la orden. Y las acusaciones se han cernido sobre la figura de aquel león británico llamado Winston Churchill. Ciertos otros atribuyen a Stalin, si no la presión para el lanzamiento de la bomba, por lo menos los manejos psicológicos necesarios para forzar a sus dos interlocutores a decidir su explosión sobre la ciudad japonesa. La especulación es sonada y grave; e indica que aquella determinación seguirá preocupando a los hombres de este tiempo durante muchos años. ¿Era necesario lanzar la bomba atómica sobre seres vivientes en este planeta? se preguntan hoy —y seguramente se seguirán preguntando durante mucho tiempo— los comentaristas.

El mismo escrúpulo atemorizaba y torturaba a muchos científicos y aun a algunos políticos y militares en los tiempos de Roosevelt y del experimento de Los Alamos. Sabido es que, de cuantos laboraban en la central atómica norteamericana en la desintegración del átomo, el único que llevaba a término su tarea sin pestañear era el general Groves, puesto al frente del mecanismo industrial de la organización como un jefe de producción a la manera cinematográfica, y que no se preocupaba de si lo que estaba haciendo afectaba o no al destino de la Humanidad. Los demás, Oppenheimer, Fermi, Szilard, Teller, etcétera, es decir, los científicos, mientras desentrañaban los misterios que debían llevar a la conclusión de la bomba, sentían el poder del vacío al que se asomaban; y pasaban el tiempo en un torbellino de dudas y de torturas íntimas. La bomba atómica nació, como un pecado, entre tribulaciones mentales, y lo que ha acontecido en el mundo con relación a ella y la incapacidad en que el mundo se ha hallado de guardar su secreto o de mantener una hegemonía nacional sobre su producción, no es más que consecuencia de esos orígenes psicológicamente tormentosos.

Si en lugar de ser los americanos los que dieron cima a una investigación universal sobre la desintegración atómica, hubieran sido los alemanes o los rusos, el problema no hubiera variado; hubiéramos asistido a la comunicación de los secretos y a su divulgación a nivel científico, de modo que la bomba no hubiera servido más a lo sumo que para dar el primer golpe. Después, el secreto de la bomba hubiera sido el secreto de polichinela, conocido de todos. No en vano, media docena de años antes a la explosión, los científicos alemanes e ingleses, los rusos y los

americanos trabajaban en común y en cadena, se comunicaban sus hallazgos; y era lo mismo ser Fermi, ciudadano de un país fascista, Otto Hahn, danés, u Oppenheimer, americano o Kapitsa, ciudadano soviético, a la hora de la verdad científica. Todos ellos trabajaban para sólo un hallazgo universal.

El camino de la ciencia no tiene reversión en la historia; y es ridículo imaginar que el proceso del átomo se hubiera podido interrumpir por el hecho de que él llevara aparejada la construcción de una bomba gigantesca. Aquello que conducía a la bomba estaba ya andado por los científicos y era de todo punto imposible imaginar una marcha atrás. Los militares se encontraron con la bomba en las manos como, en tiempo de los atentados anarquistas, decían en mi pueblo que se encontraban las bombas en manos particulares: "Me la ha entregado un desconocido en la plaza de España". A todos los que la fuerza de Orden Público atrapaba con una bomba, resultaba que se la había entregado poco antes un desconocido en la plaza de España de Barcelona. La bomba atómica no la ideó nadie en particular; fue un hallazgo de la ciencia, cuando la investigación ya estaba madura para descubrir este importantísimo tramo de la verdad en la física nuclear. Nadie es, pues, responsable de que exista la bomba atómica sino, en todo caso, la Humanidad entera.

El hecho moralmente preocupante para los historiadores es el de si esa bomba debía ser lanzada o no. A nivel de sociología y de historia, sobre este tema se debatirán siempre las peculiaridades del carácter o de la formación de cada cual. Pero si hubiera la posibilidad de enjuiciar los hechos objetivamente y con independencia del destino del centenar de millares de víctimas que causó —tarea ésta, difícil— las conclusiones avalarían la iniciativa de lanzar la bomba; de lanzarla en Hiroshima o en otra parte, pero de verificar el experimento en un momento determinado sobre el mismo mundo en que habitamos.

El peso moral que ejerce hoy sobre todos nosotros la existencia de la bomba nuclear es consecuencia del terrible experimento bélico de Hiroshima. Si la bomba atómica no hubiera pasado de ser una amenaza de laboratorio o de arsenal, cuyas consecuencias, aun siendo teóricamente evidentes para la Humanidad, no hubieran sido experimentadas, existiría hoy probablemente una tendencia al vértigo nuclear, un impulso vehemente e inmoderado a comprobar el valor del contrario para utilizarla. Ahora el mundo conoce ya de hecho la virtualidad de la amenaza atómica y logra, por tanto, frenar estos impulsos. Si imaginamos a un mundo sin Hiroshima nos situamos en un punto de la historia en que, en cierto modo, queda el proceso de las guerras sin terminar. Viviríamos en la conclusión interina de un conflicto al que le hubiera faltado la fatídica rúbrica del experimento, que un día u otro, y con medios generalizados e infinitamente más fuertes, los Estados Mayores no hubieran dejado de ensayar.

Sería mejor que el mundo se hubiera contentado con poseer la bomba atómica de una manera platónica y que el hombre no hubiera conocido la quemadura de este fuego devastador. Pero al lanzarla sobre Hiroshima, en cierto modo, Truman, no hizo más que neutralizarla para el futuro. Las responsabilidades del suceso atañen, en todo caso, a la Humanidad entera. Aquel no fue un gesto de sheriff impulsivo, a la americana, sino un acto cargado de sobrehumano dolor, que tal vez sacrificara a unos pocos —en proporción a las generaciones— para que nos salváramos todos.